

ceros; hombres en cuanto al carácter, obran según su propio impulso, hablan libremente y con franqueza. Otros son tímidos, reservados, vergonzosos, y temen hacer lo mismo que desean. Agelio no ha conseguido nunca desprenderse de esta falsa vergüenza, y se ha replegado sobre sí mismo. Le costaría poco dominarla, y no me admiraría de que logrado esto, cayese en el extremo contrario. Quizá le veas antes de mucho, bebedor, fanfarron y pródigo.

—¡Excelente noticia! exclamó Jucundo. ¡Cuánto me place que presientas ha de renunciar á sus extravagancias! No creo que se hallen arraigadas en él fuertemente.

Dió algunos pasos en silencio, y luego dijo:—Arnobio, este niño parece inteligente. ¿Sería capaz de hacerme un servicio en caso necesario? ¿Conoce á Agelio?

—¿Si le conoce? respondió Arnobio; sin duda, y también su heredad: como que ha recorrido mil veces los alrededores de Sicca. Conoce los caminos mas cortos y secretos, y los rodeos mas seguros.

—¿Cómo se llama?

—Firmio Lactancio.

—Pues bien, Firmio, ¿querrás decirme dónde pasas el día?

—Por la mañana y después de comer, estoy en la clase, respondió el chico; á medio día, durmiendo bajo el pórtico; por la tardecita, no sé dónde; y á la noche, en el desvan de Arnobio.

—¿Sabrias guardar un secreto, preguntó Jucundo, y desempeñar una comision que te se confiase?

—Ya le arreglaría yo mejor que Rupilio, si no se portase como debe, dijo Arnobio.

—¡Bien! exclamó Jucundo, y saludándoles con la mano, salió de la ciudad, y ellos se dirigieron á sus diversiones de la tarde.

## CAPITULO IX.

Agelio estaba trabajando en su heredad. Mientras que los enemigos de su fé se ocupaban en tenderle lazos, á él y á sus hermanos, en la ciudad imperial, en el *officium* proconsular y en la curia municipal; mientras que Jucundo no



pensaba mas que en tramar proyectos contra él personalmente, aunque de otra índole y con otras miras, el inocente objeto de estas maquinaciones estaba cuidando de las cosechas de su amo, de encerrar el trigo en cuevas ó en cisternas, de destilar las rosas, de regar el *Khennah* y de conducir y abrigar las vides. Obraba así, no solo por el sentimiento del deber, sino porque encontraba en el trabajo una proteccion contra sí mismo, contra los vanos pensamientos, los vagos deseos, el descontento y la desesperacion. Parecerá extraño al lector que un hombre que se decia cristiano de buena fé, pudiera hallarse espuesto á que se le acusase de colocar su esperanza y el reposo de su corazon en el seno del paganismo; pero no vemos por qué Agelio no tuviese derecho á ser inconstante, como lo son los cristianos de nuestros dias, y cuando quizá le asistían mejores razones para disculparse que á estos; los cuales ignoran las pruebas de la soledad y sus tentaciones, que asediaban á nuestro amigo, impeliéndole á buscar un alivio á sus pensamientos en la sociedad de los infieles. Se habia educado en la escuela del tem-

plo de Mercurio, de que hablamos en el anterior capítulo; y en medio de la corrupcion general, logró preservarse del contagio de la idolatría y del pecado, y no contrajo amistad con ninguno de sus condiscípulos. Ignoraba si habia allí algun cristiano ademas de él; pero sus peores compañeros eran lo que debia esperarse de niños paganos, y cuando menos se les podia acusar de ser glotonnes, discoles, poco amables. Lo que habia aprendido, bastaba para despejar su inteligencia, suministrarle materia á sérias reflexiones sobre su religion, y dar cierta forma á sus meditaciones. Tenia precisamente aquel grado de instruccion que contribuye á que la soledad sea agradable para el anciano é insoportable para el jóven. Se le habian ocurrido mil preguntas que necesitaban respuesta, y habia experimentado mil sentimientos diversos, que buscaban el modo de desahogarse. No sabia si sus conjeturas, vacilaciones y dificultades de entendimiento le pertenecian esclusivamente, ó si eran comunes á todos, y el caso que debia hacer de ellas. Dotado de inteligencia, hubiera podido aspirar al saber; su sed de ciencia no se habia



extinguido aún. Por otra parte, el favor divino le había faltado en la época mas impetuosa de su juventud.

En aquel tiempo dos griegos, hermano y hermana, el uno de mas edad y la otra de menos que Agelio, habian ido á Sicca invitados por Jucundo, que los necesitaba para su comercio. Su sobrino, despues que los conoció á fondo, halló en ellos lo que deseaba. No quiere decir esto que fuesen oráculos de sabiduría ó pozos de ciencia filosófica, pues que su edad y profesion no se lo permitian, ni él exigia tal cosa; siendo indudable que para encontrar un oráculo habria puesto los ojos en otras personas. Agelio buscaba algo que estuviese mas á su nivel, y esto lo encontró plenamente en los dos griegos. Supo por ellos que muchas cuestiones que le habian parecido insolubles, se habian discutido en las escuelas de la Grecia. Vió las soluciones que eran posibles, el eje sobre que las cuestiones giraban, el término á que conducian y el principio en que estaban apoyadas. Empezó á comprender mejor la posicion del cristianismo en el mundo de las ideas, y el modo de considerarlo los defensores de

los demas cultos y los filósofos. Así pudo adquirir un conocimiento algo mas profundo de su lógica, y avanzó sin saberlo, en el exámen de sus pruebas.

Tambien adquirió, por medio de sus nuevos amigos, muchos conocimientos profanos y filosóficos, familiarizándose con la historia de los países extranjeros, sobre todo, de la Grecia, de sus héroes, de sus sabios, poetas, hombres de Estado, de Alejandro y el imperio Siro-Macedónico, de los judíos y de la série de conquistas que dieron á Roma el dominio del universo.

La ciencia es tan interesante para el que enseña, como para el que aprende; y Agelio la comunicaba al mismo tiempo que la recibia. El hermano y la hermana, sin mostrar gran celo religioso, deseaban conocer el cristianismo, y escuchaban á su amigo con tanta mas paciencia, cuanto que todos los cultos les eran diferentes. Aunque las disputas que se suscitaban no alteraban las convicciones de cada cual, ofrecian sin embargo la ventaja de ejercitar el entendimiento y de excitar la emulacion. Agelio tenia bastante que decir sin tocar á los mas santos misterios de su religion;



y al paso que no encontraba ningun peligro para su fé personal en la libre conversacion de sus compañeros, su caridad, ó á lo menos su buena voluntad y reconocimiento, le inducian á esperar, y aun á pensar que estaban en la senda de la conversion. Su inocencia y sencillez le robustecian en este pensamiento; y aunque, dirigiendo una mirada retrospectiva á aquella época tan nutrida de acontecimientos, tropezaba con muchos accidentes ordinarios que hubieran debido excitar sus temores, no podia sin embargo sospechar que unos amigos cuya conversacion era tan atractiva, y que mantenian con tal gracia el comercio del pensamiento y el sentimiento, se hallasen en su condicion actual, y hasta en sus principios dominantes, en completa oposicion con él, una vez levantado el velo que cubria sus corazones.

Ariston y Calista encantaban al solitario Agelio, no solo en los asuntos graves, sino tambien en los ligeros. Calista estaba dotada de una voz dulce y sonora, y se acompañaba con la lira. Improvisaba fácilmente, y sus expresivas facciones eran como si dijésemos el co-

mentario vivo, la claridad y la sombra de las diferentes ideas de su oda ó de su epopeya. Referia como el profano Penteo y el orgulloso Hipólito habian probado con su ejemplo la debilidad de la humana virtud cuando se opone al poder de los dioses. Cantaba á la casta Diana mostrándose al sencillo pastor Endimion, y no á los grandes ni á los sabios; y á Titon, esposo de la Aurora, figurando el destino de los que se entregan á la disipacion en su juventud, como si esta debiese ser eterna, y que, cuando se ven viejos, no hacen mas que hablar de sus años juveniles, fastidiando á los demas con la relacion de sus amores ó de sus hazañas, semejantes á cigarras, que no manifiestan su vigor sino por medio de su canto. Las mismas alegorias que en boca de Polemon disgustaban é irritaban á Arnobio, hacian vibrar las fibras del corazon de Agelio cuando brotaban de los labios de la hermosa griega.

Tambien sabia declamar Calista; y de repente, si la conversacion se ponia lánguida ó si era invitada á ello, ejecutaba el papel de Medea ó de Antigone con una fuerza y verdad, que dejaban



muy atras el efecto producido por los hombres enmascarados que representaban aquellos caractéres en el teatro. Los dos hermanos eran ya Edipo y Antigone, ya Electra y Orestes, ya Casandra y el Coro. Una ó dos veces intentaron ejecutar una escena de Menandro, pero habia algo en la comedia que repugnaba á Agelio, no obstante su belleza y la habilidad de la representacion. Calista podia hacer el papel de Tais con la misma verdad que el de Ifigenia, pero Agelio no la oia con tanto gusto. Hay en nosotros ciertos instintos y sentimientos delicadísimos que obran como primeros principios, y que, una vez borrados, no es posible reaparezcan, á no ser por algun influjo sobrenatural. Cuando los hombres se hallan en el estado de naturaleza, estos sentimientos son despreciados, y se desvanecen pronto; y en la historia del individuo su existencia es tan breve, que quizá no recuerde haberlos poseido nunca: como muchos otros principios fundamentales, la prueba en su favor es difícil, y por eso un escepticismo general pone en duda no menos su existencia que su verdad. Los griegos, parte por la viveza de su

entendimiento, parte por su pasion á lo hermoso, perdieron estos celestes influjos antes que las demas naciones. Cuando se suscitaba una disputa entre Agelio y sus amigos sobre tales materias, Calista guardaba silencio, pero Ariston se mostraba desde luego admirado al oir al jóven cristiano calificar de malos algunos usos que, en su sentir, eran tan poco censurables y tan naturales como beber, comer ó dormir. Su rostro tomaba una espresion casi satírica, mientras que el de Agelio se ponía grave; sin embargo, era demasiado tolerante y bondadoso para obligar á los demás á que buscasen la dicha siguiendo la misma senda que él; imputaba á la extravagancia de la religion de su amigo lo que en otro que no fuese cristiano hubiera llamado morosidad, misantropía; y suplicó á su hermana renunciase á representaciones que, en lugar de contribuir á distraerlos agradablemente, causaban solo disgusto.

Estas relaciones amistosas habian continuado por algunos meses, segun lo permitia el tiempo de que ambas partes podian disponer. Una ó dos veces el hermano y la hermana se habian



dirigido á la heredad suburbana; mas por lo comun Agelio, no obstante el hondo disgusto que le escitaba la ciudad, en consideracion á sus amigos era el que, tomando las calles estrechas y populosas de Sicca y atravesando sus grandes plazas, iba á verlos. ¿Tenia, pues, nada de extraño que un jóven, ignorante de las cosas del mundo y que no sospechaba el mal, no hubiese oido la voz interior que le invitaba á huir del paganismo, aun en su forma mas halagüena? ¿Era admirable que en tales circunstancias una viva esperanza, la esperanza de la juventud, impidiese á Agelio ver obstáculos y le pintase como realizable la idea de que Calista podia ser convertida y llegar á ser una buena esposa cristiana? Pues bien, nada mas tenemos que decir en su favor; y si no hemos conseguido atenuar su falta, debemos abandonarle á la misericordia, ó mejor, á la justicia de sus censores severamente virtuosos.

Pero, durante nuestro relato, Jucundo habia estado hablando con su sobrino, y no nos seria posible pasar por alto aquel diálogo, sin que perdiésemos muchos pormenores necesarios á los

que deseen seguir sin interrupcion el hilo de su historia. El tio habia traído la conversacion al punto delicado que servia de objeto á su visita. Con mas tacto y recursos poéticos que los que en él suponiamos, se habia trasladado, partiendo de la escena que tenia ante sí, al terreno moral y social en que pronto debia fijarse el entendimiento de su querido Agelio. Habia hablado de la vid y de su cultivo, á propósito de las vides enanas que le rodeaban y que no escedian la altura de un grosero. En seguida habló de la vid mas comun en Africa, que es la que se arrastra por el suelo, descansando sucesivamente la estremidad de cada planta en el tronco de la que la precede. Entonces, habiendo entrado ya en materia, recordó la gran vid de Italia, que se eleva tanto con el apoyo del árbol flexible á que se adhiere; y citó las palabras en que Horacio celebró el enlace de la vid y el olmo. De este modo se encontró *in medias res*; y á Agelio le latió el corazon, cuando oyó á su tio proponerle como idea suya lo que habia creído hasta entonces un secreto para todos, menos quizá para Juba.



—Querido Agelio, dijo Jucundo, te convendría sobremanera. Es verdad que á mí no me ha ocurrido nunca casarme, ó porque no fuese mi destino, ó porque no me agradase el matrimonio. El ejemplo de tu padre no contribuyó á estimularme; pero, tratándose de tí, que vives aquí solo y á tu manera, la cosa varia de aspecto. Tal vez llegues á tiempo de habitar en Sicca. Hallaremos medio de emplearte; y me será grato tenerte á mi lado cuando envejezca. Sin embargo, fíjase que aun pasará algun tiempo antes de que Caronte me cuente entre sus víctimas; lo cual no quiere decir que yo creo en esas faramallas, Agelio, te lo aseguro.

—Quizá, empezó á decir Agelio, pudieras calificar de inconsecuencia en mí semejante paso; pero. . .

—Sí, sí, ahí está el obstáculo, pensó Jucundo, y luego añadió en voz alta: ¡En consecuencia, amigo mio! ¿Quién ha imaginado tal cosa? ¿Qué necio se atrevería á calificarte de inconsecuente? Pareceis formados el uno para el otro, Agelio; ella es la ciudad, y tú el campo; ella hábil, llena de atractivos y á la altura del mundo; tú tan fresco y de cos-

tumbres arcadias. Serás objeto de todas las conversaciones de Sicca.

—Eso es cabalmente lo que no necesito ser, dijo Agelio. Quiero decir, continuó, que si juzgase incompatible con mi religion pensar en Calista. . .

—Cierto, cierto, le interrumpió Jucundo, el cual, siguiendo el consejo de Juba, procuraba no ofender el amor propio de Agelio. Pero, ¿quién sabe que tú has sido cristiano? ¿Quién lo sospecha siquiera? Apuesto á que todos te creen chico honrado como ellos, adorador de los dioses, y que no te cuidas de esos cuentos de viejas. Jamas les he dicho lo contrario, y opino que si hicieses tu libacion á Júpiter y quemases desde mañana incienso en el altar del emperador, nadie lo estrañaría, al revés, todos asegurarian que te lo han visto hacer varias veces. Supon por un momento que no tienes ningun obstáculo que vencer.

Agelio se sentia confuso y mortificado, como es fácil de concebir, y Jucundo lo conoció, aunque sin adivinar la causa. — Querido tio, dijo el jóven, me estás reprendiendo.

—Nada de eso, respondió Jucundo



con aire de confianza; en mis palabras no hay ni sombra de reprension. ¿Y por qué habria de reprenderte? No podemos ser cuerdos de una vez; yo he cometido locuras, como es probable las hayas cometido tú; y es natural que á medida que adelantes en edad, te vayas aficionando á las cosas como son en sí. . . . á las cosas como son en sí. . . . ¿Comprendes? El matrimonio, y la preparacion para el matrimonio, dan al hombre cordura. Preciso es confesar que has sido algo terco y voluntarioso; pero *nuces pueris*, como tú mismo dirás pronto en cierta ocasion. Antes que nada, debes fijarte en la clase de matrimonio que elijas. Supongo será el romano; pero sin salir de ese, hay donde escoger.

Es un axioma vulgar que la práctica difiera de la teoría. Agelio habia pensado en el fin mas que en los medios; é imaginando cristiana á Calista, se habia figurado que podria proceder tranquilamente, una vez resuela por la Iglesia la cuestion de los ritos y las formas. Esta cuestion le habia hecho reflexionar algo, aunque de un modo diverso del que su tio deseaba y en que tenia puesta la mira.

Jucundo continuó: —Primeramente, hay *matrimonium confarreationis*, el cual ha caido en desuso desde que terminó el esclusivismo de los antiguos patricios. Esto se entiende estrictamente hablando, pues las ceremonias duran aún, con esclusion del rito religioso. Por mi parte, no te aconsejo, querido Agelio, que elijas ese ceremonial; pues tendrias que matar un cerdo, y despues de arrancarle las entrañas, separar la hiel y ofrecerla á Juno Pronuba. Une á todo esto el fuego, el agua, el incienso y multitud de cosas análogas que me excitan igual repugnancia que á tí. Seguro estoy de que no disintimos en ello; y por lo tanto dejaremos á un lado el matrimonio religioso. Viene en seguida el matrimonio *ex coemptione*, especie de contrato mercantil. En este caso las partes se compran una á otra y se convierten en propiedad mútua. Los gustos difieren; mas, por lo que á mí toca, no me agrada que me compren ni que me vendan. Prefiero ser dueño de mí mismo, y todo lo que es irrevocable me inspira recelo. ¿Es prudente entregarte (comprendes) por toda la vida, sí, *por toda la vida*, á una jóven que apenas conoces?



No te sorprenda lo que digo, pues mi dictámen es el de la generalidad. Pase la compra de la jôven; pero ser uno comprado. . . ¡ah! eso no. Y tampoco sé si tú podrias comprarla. Siendo como eres ciudadano romano, solo te es lícito casarte con una romana, é ignoramos si lo es Calista. Conozco la disposicion de Caracalla, concediendo el derecho de ciudadano romano á todo hombre libre, cualquiera que sea su patria; mas esa medida no ha sido llevada nunca á efecto. Las leyes y costumbres del país te opondrian grandes dificultades; y aunque supongamos lo contrario, ¿cómo probarias que es libre? Querido, debo explicarme claramente para bien tuyo, aunque pareces descontento de mí. Deseo verte unido á Calista, lo deseo; mas lo imposible está fuera de tus alcances, y no te es dado alterar los hechos. Las leyes del imperio no te permiten tomarla por esposa sino de cierta manera que ellas determinan; y no puedes impedir que la ley sea lo que es. Digo todo esto en la suposicion de que sea libre; pues nada tiene de extraño que ante la ley sea esclava. No te asuste la idea; seguro de que no aumenta ni disminuye el mé-

rito de Calista lo que no depende de ella. Lo digo por tu bien. He llegado ya adonde deseaba. Hay una tercera clase de matrimonio, que es el que te recomiendo. Es el *matrimonium ex usu, ó consuetudine*; su gran ventaja consiste en que no necesitas de ceremonias, ni es preciso que te sometas á nada capaz de arredrar tu entendimiento. En este caso el hombre y la muger son esposos *prescriptione*. No quieras dar que hablar en Sicca; y así lograrás tu objeto. Te bastará traerla á tu casa; si, andando el tiempo, os llevais bien, será un matrimonio; si no, y alzó los hombros, no resultará ningun perjuicio; ambos quedareis libres.

Agelio habia permanecido hasta entonces sentado á la entrada de uno de los viñedos; pero al oir las últimas palabras de su tío, se levantó repentinamente, estendió los brazos hácia el cielo y prorumpió en un grito.

— Escucha, escúchame, querido, exclamó Jucundo apresurándose á explicar lo que miraba como causa de la agitacion de su sobrino; escucha.... un minuto no mas, Agelio, si puede ser. ¡Ah! desearia saber cómo conducirme con-



tigo. ¿Qué hay? No creo haber inferido ningún agravio á Calista; ninguno. Ni aun he querido dar á entender que debes dejarla, á menos que la separacion no sea de comun acuerdo. Para ella es un gran negocio; eres romano, tienes hacienda y posicion: Calista es extranjera y carece de dote; nadie sabe de dónde ha venido; cuanto le concierne está envuelto en el misterio. No debe, pues, ofrecérsele dificultad en unirse á tí, y confio que no opondrá ninguna.

— ¡Oh, mi bueno y amado tío! ¡Oh, Jucundo, Jucundo! exclamó Agelio. ¿Es posible? ¿No se engañan mis oídos? ¿Qué me pides que haga? Y prorumpió en llanto. ¿Es concebible, añadió con energía, que me aconsejes de buena fe un matrimonio que en realidad no es tal matrimonio?

— Aquí hay algun grave error, dijo Jucundo seriamente, y que procede sin duda de tu ignorancia del mundo. Te has figurado que yo te aconsejo lo que los abogados llaman *contubernium*. A la verdad, confieso que he pensado en él un instante, y te lo hubiera indicado, si no conociese lo delicado y caprichoso que eres respecto de algunos supuestos

puntos de honor, de opinion ó de ficcion. Solo he querido consultar tu felicidad presente y futura. No me haces justicia, Agelio. He tratado de hallanarte el camino; y tú *debes* conducirte segun los usos admitidos en sociedad, no siendo posible que crees para tí un mundo aparte. Te he propuesto tres ó cuatro maneras de obrar, y las rechazas todas. ¿A qué te decides entonces? Pensaba que no eras amigo de ceremonias, y que te repugnaban los medios establecidos. Pero ya que sucede lo contrario, ve y sigue la antigua costumbre: mata el carnero, amasa la harina, enciende las antorchas, canta el epitalamio, convida al flámin, por si quiere asistir. Escoge lo que mas te plazca; cástate con religion ó sin ella.

— ¡Oh, Jucundo! dijo el pobre jóven, ¿á este caso he llegado? Y no pudo decir mas.

Su tristeza no era mayor que el desconsuelo, la perplejidad y el disgusto de su tío. Este se habia esforzado en facilitar todo á Agelio, y sin embargo se le oponian dificultades ocultas é inesplicables en cualquiera sentido que se moviese. Esta consideracion le exasperaba